

Los ataques de París y la reacción del Estado: todos son asesinos

17 de noviembre de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. El 13 de noviembre 129 personas inocentes fueron asesinadas en París en ataques con bombas y balas. Muchas de ellas, de entre 20 y 40 años, asistían a un concierto de rock, cenaban en un vecindario muy concurrido, veían un partido de fútbol en un bar de deportes o simplemente paseaban. Los ataques cobraron vidas al azar, devastando irreparablemente a sus familias y dejando a la mayoría de los franceses del común en un profundo dolor y conmoción.

Los ataques fueron parte de una deliberada ola de masacres a civiles que reivindicó el Estado Islámico (EI) [también conocido como ISIS o Daesh], incluyendo las explosiones que un día antes mataron a docenas de personas en un vecindario chiita de Beirut, y la voladura en octubre del avión ruso con 224 turistas a bordo sobre el desierto egipcio del Sinaí. Todos estos fueron actos de matanzas, aunque en escala mucho más pequeña comparadas con las que las potencias de Occidente, Francia entre ellas, han infligido a los pueblos del mundo durante más de un siglo, en el Medio Oriente y otras partes. ¿Es necesario mencionar las al menos un millón de víctimas de la guerra de Francia para impedir la independencia de Argelia (1952-62)?

Casi inmediatamente, el presidente francés François Hollande declaró la guerra. Planteó que su país no enfrentó solamente ataques de unos individuos, como en el pasado, sino de “un ejército terrorista”. “Estamos en guerra”, le dijo al parlamento francés unos días después de los ataques de París, cuando se reunió para darle a Hollande poderes de guerra. Afirmó que esto se hacía en defensa propia, aunque su gobierno ya había incrementado las operaciones en Siria —vigilancia aérea, bombardeos aéreos y, según *Le Monde*, fuerzas especiales— en las semanas y días anteriores a los ataques de París.

Si esto es una guerra, es una guerra injusta entre fuerzas reaccionarias que tienen el mismo desprecio por la vida humana. Ninguna de estas fuerzas es menos deliberada y conscientemente cruel en la búsqueda de sus objetivos políticos reaccionarios. Respaldar a cualquiera de estos bandos solo empeora la dinámica entre dos alternativas inaceptables. El pueblo tiene que salir al frente y oponerse políticamente a ambos bandos y a todos sus horrores, y trabajar para liberarse de esta espantosa lógica.

El se muestra como la única fuerza que puede desafiar el poder, la ideología y la hipocresía de las clases dominantes imperialistas del puñado de países que controlan o buscan controlar muchas naciones y llevarle mucha miseria a mucha gente. Montaron este desafío inspirados en una ideología y visión reaccionarias de la sociedad que llevaría al poder a nuevos explotadores y a antiguos frustrados explotadores. El objetivo de su yihad es preservar, consagrar y sistematizar las formas existentes de la opresión del pueblo en el Medio Oriente y otras partes, incluyendo la supremacía del hombre sobre la mujer, una subyugación que persiste hoy en viejas y nuevas formas por toda la sociedad, junto con otras divisiones sociales opresivas que aplastan la vida y el potencial de poblaciones enteras. Miles de jóvenes de Francia y otras partes se han unido a las filas yihadistas en Siria y otros países porque creen que el islamismo les puede ofrecer el futuro que les niegan en sus sociedades. Se dice que algunos de ellos estuvieron involucrados en los ataques de París.

Francia ha estado profundamente involucrada en Siria desde la I Guerra Mundial que se libró para dividir el mundo entre las potencias imperialistas. Incluso antes de que la guerra terminara, el acuerdo Sykes-Picot de 1916 dividió las posesiones del Imperio Otomano entre Gran Bretaña y Francia. Francia despedazó a Siria para crear el Estado del Líbano, basándose en sus aliados entre la minoría cristiana allí, y más en general trabajó para exacerbar las contradicciones religiosas y étnicas. El comunicado del EI publicado después de las masacres de París específicamente llamó a Francia “la guardiana del templo Sykes-Picot”, haciendo referencia no sólo al viejo orden colonial sino a la subyugación económica y política de la región que ha persistido y de algunas formas se ha intensificado.

Francia ha buscado impulsar de muchas formas sus intereses en Siria y en la región durante años, a veces junto con otras potencias como Estados Unidos y frecuentemente en rivalidad con estas. Probablemente más que cualquier otra potencia de Occidente, Francia tiene nexos e influencias históricas en sectores de las clases dominantes sirias, antes con la familia Assad y ahora con disidentes del régimen gobernante a los que muestran como la oposición “moderada” (pro-Occidente). Irónicamente fue Francia, no EEUU, la más ansiosa en lanzar una campaña de bombardeos contra el régimen de Assad en 2013. Desde entonces, con EEUU y luego con Rusia realizando sus operaciones en Siria bajo el lema de confrontar a EI, el presidente francés Hollande ha visto una creciente necesidad de hacer lo mismo, esta vez a nombre de oponerse no a Assad sino a EI. Las tácticas, maniobras y justificaciones varían, pero los intereses imperialistas son los mismos —el que no tenga fuerzas armadas involucradas no va a recibir nada cuando se repartan el botín.

Debe entenderse que lo que Francia ha hecho y espera hacer en Siria no es diferente de lo que ha venido haciendo con sus 3.500 tropas en Chad, Malí y otras de las ex colonias francesas de África occidental y central: no busca reestablecer enclaves coloniales que ya no son posibles o necesariamente deseables desde el punto de vista del imperialismo francés, sino que está trabajando por integrar mucho más a los pueblos en las redes de acumulación capitalista de París y mantener a raya a sus rivales imperialistas.

Al igual que Hollande ya había escalado las operaciones francesas en Siria antes de los ataques de París, su gobierno ya había empezado a adoptar nuevos poderes gubernamentales amplios a nombre de combatir el terrorismo islamista. Estos poderes también van dirigidos a la cuantiosa población de origen inmigrante en Francia, en gran parte proveniente de países predominantemente musulmanes otrora colonias francesas y que siguen estando dentro de su esfera de influencia. Estas medidas represivas van desde la ley que le permite a la policía política operar más libre del control judicial (no anunciando nuevas prácticas de vigilancia sino dándoles una cobertura legal más sólida) para prohibir los vidrios polarizados de los autos (medida justificada como necesaria para que la policía pueda ver si los conductores están texteadando o usando cinturones de seguridad, y por supuesto para que puedan ver más fácilmente la etnia de la gente).

Luego de los ataques, Hollande declaró un estado de emergencia que permitió que durante dos noches unos 300 policías allanaran viviendas sin orden de cateo. Los padres, hermanos y otros familiares de gente sospechosa de estar implicada en los ataques fueron encarcelados sin cargos —un acto considerado venganza y toma de rehenes cuando lo hacen otros países.

De hecho, como lo han señalado periodistas franceses, esa hipócrita consigna de “Libertad, Igualdad y Fraternidad” ha sido acallada por el canto del himno nacional, *La Marseillaise*, con énfasis en el verso: “Ciudadanos, a las armas”. A diferencia de después de la masacre de *Charlie Hebdo* en enero pasado, esta vez son pocas las advertencias dentro del Establecimiento a no confundir a los islamistas fundamentalistas con gente de origen islámico. La idea central del discurso de Hollande es que el Estado será “implacable” en el exterior y en el país.

No es coincidencia que Hollande haya acogido la propuesta del ultraderechista Frente Nacional de darle al gobierno el poder de quitarles la nacionalidad incluso a franceses de nacimiento (es decir, de familias inmigrantes). Limitó la amenaza a personas que tienen doble nacionalidad, ya que dejar a la gente sin nacionalidad es problemático bajo el derecho internacional, pero el valor simbólico de este poder es enorme debido a su potencial como arma para aterrorizar a las familias con la posibilidad de ser desmembradas. Varios millones de inmigrantes tienen doble nacionalidad.

Hablando ante ambas cámaras del parlamento, una circunstancia sumamente rara, Hollande pidió aprobar una ley que le permita extender 90 días más el estado de emergencia que declaró. También hizo un llamado a cambiar la constitución de 1958 para darle una base legal más fuerte a este estado de emergencia extendido, y modificar la cláusula constitucional que en la actualidad le permite al presidente asumir amplios poderes únicamente en caso de insurrección armada o de invasión extranjera. Hollande anunció la contratación de miles de nuevos policías, guardias fronterizos y carceleros.

La vaguedad de las intenciones de Hollande abre todo tipo de posibilidades. Hay un alboroto general en los círculos de las clases dominantes francesas sobre los riesgos y las oportunidades que plantean los diferentes enfoques que el país puede adoptar a nivel nacional e internacional.

Pero hay mucha unidad en la clase dominante francesa en cuanto a las medidas represivas. Por ejemplo, cuando un líder de los Republicanos (el nuevo nombre del principal partido de derecha) pidió encerrar a todos los que tengan una “S” en su archivo policial (es decir, los que están bajo vigilancia especial, hoy día principalmente por presuntas conexiones con islamistas, que se calcula son entre 4 mil y 10 mil personas, según *Le Monde* y *The New York Times* respectivamente). El primer ministro de Hollande, Manuel Valls, se negó a descartar esa posibilidad diciendo que el gobierno consideraría “todas las armas necesarias”.

Cuando Hollande declara “Estamos en guerra”, lo que viene a la mente es no solo la II Guerra Mundial sino la guerra de Argelia, cuando se establecieron los poderes que hoy evoca Hollande. Estos tenían en la mira especialmente a los argelinos en Francia y también buscaban arreglar por la fuerza las disputas en las clases dominantes.

Puede que Francia esté “en guerra”, pero no está claro con qué objetivos de guerra realistas. Al mismo tiempo, Francia no puede apartarse de este conflicto porque necesita mantener y ampliar su estatus de gran potencia, y en últimas como parte del puñado de países capitalistas monopolistas que puede extraer superganancias de su posición en el funcionamiento del sistema imperialista mundial. Esa es una situación muy peligrosa para la clase dominante francesa, el pueblo de Francia y el mundo.

Los riesgos también son muy altos en el frente interno. Despojar a la gente de su nacionalidad francesa significaría reconocer oficialmente la inequidad entre ciudadanos franceses, un hecho que ya vive a diario

la gente de las viviendas públicas en los suburbios, en donde un sector de las clases más bajas ya se siente confinado. Es probable que uno de los objetivos políticos de El tras estos espantosos ataques era acentuar la dinámica en la que amplios sectores de gente de la llamada “clase marginada” son empujados hacia el islamismo por su posición marginada en la sociedad y especialmente por la represión estatal contra ellos.

Ambos bandos están acelerando la polarización entre el islamismo y la clase dominante francesa y su ideología. Ese es precisamente el problema, la forma en que el choque entre estos dos bandos reaccionarios define la situación hoy. Negarse a reconocer esta dinámica —esta realidad— solo puede llevar a dejarse arrastrar a la cola de uno de los bandos a pesar de que se afirme lo contrario. Especialmente, aunque no solo, en los países imperialistas esto significa por lo general ayudar a los imperialistas. En todas partes, respaldar a uno de los bandos significa fortalecer la reaccionaria dinámica subyacente y fortalecerlos a ambos.

Es difícil que la gente resista la atracción de estos dos polos sin comprender un poco de por qué estas no son las únicas alternativas. Tanto en los países oprimidos como en los opresores se necesita una perspectiva a largo plazo de cómo podría surgir una alternativa revolucionaria. Luego de los ataques del 11 de septiembre de 2001 en EEUU, a pesar de una fuerte tendencia de la gente a buscar protección en el gobierno, surgió, con la participación de los comunistas revolucionarios, el movimiento “No en nuestro nombre” que tuvo la capacidad de combatir los intentos del régimen de Bush de imponer la autoridad moral como representante de las víctimas, y buscar así legitimar aún más crímenes en masa.

Hoy, una oposición seria, valiente y cada vez mayor contra los crímenes pasados, presentes y futuros de los imperialistas puede proporcionar ayuda política a los que odian tanto al imperialismo como al islamismo en Medio Oriente, y los que quieren ser parte de empezar a cambiar el desfavorable panorama político del mundo de hoy. □